

EL PODER DE LA INDIVIDUALIDAD EN “ENSAYO SOBRE LA LUCIDEZ” DE JOSÉ SARAMAGO

Ivannia Barboza Leitón*
ivabl@racsa.co.cr

Fecha de recibido: 11 de enero 06 / Fecha de aceptación: 28 de agosto 06

Resumen

El artículo El poder de la individualidad en “Ensayo sobre la lucidez” de José Saramago señala que en la literatura los temas políticos son tan candentes como la realidad que viven muchas naciones. Las elecciones municipales de una ciudad capital, lejos de ser una forma de afianzar el poder, se convirtieron en una pesadilla inexplicable para el gobierno. El sistema se destacó porque no quiso escuchar las razones de los ciudadanos y en parte por temor al cambio de sus obsoletas prácticas. En la obra, producto de la inteligente pluma de José Saramago, se entrecruzan caminos gracias a la intratextualidad para acercarnos a un mal de nuestros gobernantes: la falta de razonamiento. En la construcción de la colectividad, el autor se sirvió de personajes excepcionales para hacernos ver que lo que en ocasiones hace la mayoría, está errado. Finalmente, en el artículo se muestran los matices de una lucidez que hace falta para llevar a buen término una de las labores más difíciles: la de gobernar.

Palabras claves: *literatura iberoamericana, elecciones municipales, intratextualidad, colectividad, individualidad, voto en blanco, estado, pueblo, medios de comunicación, conspiración.*

Abstract

The article El poder de la individualidad en “Ensayo sobre la lucidez” de José Saramago points out that, in literature, topics about politics are as burning as the reality that many countries live. The municipal elections in a capital city, far from being a way to establish the power, can become an unexplainable nightmare for the government. The system emphasized because it didn't want to listen the citizens' reasons and, in some way, by fear of changing its obsolete practices. In this work, result of the intelligent José Saramago's quill, paths are intercrossed thanks to intertextuality to be near of a terrible weakness of our representatives: the lack of reasoning. In the community's construction, the author made use of exceptional characters to make us see that what in occasions most people do is wrong. Finally, the article shows the nuances of a lucidity that is lacking to carry out successfully one of the most difficult tasks: to govern.

Key words: *Ibero American literature, municipal elections, intratextuality, community, blank vote, state, town, means of communication, conspiracy.*

* Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica / Ministerio de Educación Pública.

“La cabeza de los seres humanos no siempre está completamente de acuerdo con el mundo en que viven, hay personas que tienen dificultad en ajustarse a la realidad de los hechos, en el fondo no pasan de espíritus débiles y confusos que usan las palabras, a veces hábilmente, para justificar su cobardía”.

Ensayo sobre la lucidez, José Saramago.

Introducción

La creciente visión capitalista que las sociedades globalizadas asumen con mayor fuerza modifica aspectos tan cotidianos como las relaciones humanas; algunas de ellas, si no la mayor parte, se manejan y se afianzan en el valor monetario. Asimismo, las relaciones políticas se ven consolidadas por el valor preponderante del dinero que, a su vez, genera poder y prestigio.

El espacio político iberoamericano no escapa de lo anterior: puede decirse, sin temor, que hay una crisis con raíces en la corrupción. Brasil, Nicaragua, Perú y Costa Rica, solo como ejemplos conocidos y descubiertos, son países que afrontan escándalos de corrupción que los medios corporativos de comunicación han hecho universales.

Igualmente, el mundo desarrollado está envuelto en la trampa que teje la corrupción, solo que los adinerados manejan a su antojo el poder más grande y viciado que se conozca: el uso de la verdad. Bien lo hacen los medios de comunicación que, como señala Eduardo Galeano:

“mienten callando casi tanto como mienten diciendo” (Galeano, 1996: 55).

En particular, la descomposición que se manifiesta en los países desarrollados tiende más bien a la destrucción de la humanidad: el dinero compra armamento, compra verdades, compra vidas, lealtades y drogas. El armamentismo, el terrorismo y el pánico infundado que se crea en los medios de comunicación, son formas también de un deterioro generalizado. Es una corrupción de la que se sirve el gobierno a brazos llenos.

Situaciones como las descritas anteriormente conllevan a la división de intereses, en donde el pueblo afronta necesidades que el gobierno ignora. Ambos difieren en sus ideales; el Estado los reconoce en el valor monetario,

mientras que los ciudadanos aspiran a la verdad y al bienestar común. Sin embargo, aún quedan voces entre el pueblo que claman por un cambio positivo en las sociedades. El avance del *decir* al *hacer*, cuando se hacen efectivas las voces populares, conlleva acciones que deben ser emprendidas. En *Ensayo sobre la lucidez* de José Saramago, ese *hacer* adquiere un matiz blanco como metáfora del voto.

El escritor José Saramago (1922), nacido en Portugal y Premio Nobel de Literatura, ha sabido plasmar la humanidad con todas sus cargas y desvelos en su importante y rica producción literaria. Títulos como *El año de la muerte de Ricardo Reis* –que fue su primera publicación, en 1985– hasta la obra que nos interesa, han sido del reconocimiento internacional. Se reconoce, además, como

“un escritor que se ha convertido en la conciencia lúcida de una época cegada por los mecanismos del poder” (cubierta de *Ensayo sobre la lucidez*).

A manera de ensayo, José Saramago muestra el proceso electoral de una ciudad cualquiera, en la cual sus habitantes, sin ningún acuerdo, votan en blanco en las elecciones municipales. La reacción del gobierno no se hace esperar, rayando, en ocasiones, en el ridículo y, posteriormente, en la persecución y el terrorismo. Personajes diversos se yerguen en la trama: el comisario de policía, el alcalde, el ministro de cultura, la mujer del médico (término acuñado en *Ensayo sobre la ceguera*), los medios de comunicación y otros más, como elementos que se unen para formar un rompecabezas que el mismo gobierno se ha encargado de desordenar o que ha perdido, adrede, algunas de sus piezas. Algo que puede considerarse como normal en un proceso electoral y además, de libre albedrío, terminó siendo problema nacional para el Estado con manifestaciones hiperbólicas.

En 1998, José Saramago había publicado *Ensayo sobre la ceguera*. En ella encontramos individuos y situaciones presentes en *Ensayo sobre la lucidez*. Después de todo, el pasado no puede obviarse para comprender el presente, así como también destacar la presencia de personajes como el grupo de los ciegos, la violencia vivida

hace cuatro años, entre otras conexiones. Es entonces que, literariamente hablando, entramos como lectores al proceso de intratextualidad, pues ambas se complementan y se requiere por parte del lector conocimiento previo de la fábula de la primera.

A partir de estos preliminares, surge el tema “El poder de la individualidad en *Ensayo sobre la lucidez* de José Saramago”. Se estrechará el ámbito de estudio a las siguientes figuras: el comisario de policía, la mujer, el informante del gobierno, el periódico de izquierda y el pueblo. En este sentido se abordará también la obra en conexión con la anterior, *Ensayo sobre la ceguera*.

La identificación de la desobediencia civil en algunos individuos, el reconocimiento y análisis de sus acciones se perfilan como objetivos de estudio. Los hechos emprendidos por el comisario de policía, la mujer, el periódico de izquierda y la comunidad, y la presencia de una marcada violencia estatal, así como de los medios de comunicación de masas representan un caleidoscopio por el cual se visualizará la problemática de la obra.

Un acto de desobediencia es

“civil en su contenido y en su forma cuando se desarrolla pacíficamente respecto a normas sociales de carácter general y el actor hace uso de su capacidad como ciudadano para desobedecer” (Giner; Lamo de Espinosa; Torres, 1998: 195).

Del mismo modo se deduce de la anterior cita la capacidad de ese actor para ejercer el poder de la individualidad como la ejecución de un acto o varios de ellos con los cuales el sujeto se rebela ante las normas.

Puede darse el caso de que el sujeto desobediente provenga de una colectividad que asume dos roles totalmente diferentes: por un lado, puede ser inactiva, obediente en todo momento de las leyes y carente de criterio; y por otro, esa colectividad posee suficiente presencia para hacer ver la inoperancia del sistema.

De lo mencionado líneas atrás se deduce que la manifestación individual y colectiva de las acciones permeará el análisis que se realice en este artículo, pues

“esas acciones suelen fundarse en el surgimiento de un marco de injusticia por el cual el individuo y grupos sociales

impugnan la legitimidad de esas normas, tomando como base otras consideraciones superiores, y cuestionan a la autoridad política o social, cuya deslegitimación tienden a producir a través de formas de resistencia pasiva y no violenta” (Giner; Lamo de Espinosa; Torres, 1998: 195).

Al mismo tiempo, aunque se asuma la presencia de la individualidad, no se le restará importancia al grupo como tal, pues en una relación de causa-efecto las acciones –sean estas negativas o positivas– que realice determinado individuo lo afectarán. Somos seres gregarios, pero en situaciones extremas debemos romper con las disposiciones que ordena la colectividad.

Es por eso que sujetos particulares generan actos de rebeldía individual. Vivimos en sociedades masa con rasgos muy marcados en el ámbito económico, cultural y social, entre otros; pero lo más evidente es el orden político

“caracterizado por la manipulación de la opinión pública y la distancia entre las élites del poder y las masas por ellas controladas” (Giner; Lamo de Espinosa; Torres, 1998: 701).

Resulta imperioso el surgimiento de la diferencia, pues cada vez las sociedades globalizadas nos ahogan en un mar de “igualdad”, en donde lo común es pensar igual, dejarse llevar por lo que ordena la minoría (que irrisoriamente es la que nos controla) con ayuda de las corporaciones.

El estudio que se presenta a continuación posee tres apartados con sus títulos acuñados por el narrador y los personajes; esos títulos sintetizan las caracterizaciones de los sujetos que se consolidan luego como aquellos individuos capaces de ejercer la desobediencia civil en la obra. Son estudiados uno por uno en una relación estrecha con sus contrapartes (llámense estas: las autoridades, la policía, los medios corporativos de comunicación). Asimismo, en cada apartado se ofrecen las conclusiones parciales para luego ser retomadas al final del artículo.

La patria os contempla

En este espacio se examinarán dos figuras claves en el desarrollo de la novela: por una parte, se encuentra el comisario de policía quien encarna la desobediencia civil ante sus superiores; y

por otra, el Estado como colectividad de mayor peso por los equívocos y claros actos en contra del pueblo. Es también representación de muchos gobiernos actuales que temen encontrarse con “un día de lluvia” y con el consiguiente argumento de que es

“mal tiempo para votar”.

Efectivamente, ese argumento llevará luego a una cadena de acontecimientos, que por su envergadura no pasarán desapercibidos en los anales de la historia patria.

En la novela, la representación colectiva del sistema político abarca diversos individuos que van desde los miembros del consejo de gobierno hasta los agentes de policía. Sin embargo, es el comisario quien sobresale aquí. Hay dos hechos claves en su aparición: la mención de la ceguera y el envío de la carta. El primero de ellos, porque es el problema preponderante en *Ensayo sobre la ceguera*, y, el segundo, porque como objeto simboliza la traición que lleva a generar múltiples efectos en *Ensayo sobre la lucidez*.

Como sujeto desobediente de las reglas impuestas por sus superiores, el comisario de policía rompe esquemas y ejerce particularmente el poder, “su poder”. Él tiene a cargo la tarea –junto con el inspector y el agente de segunda clase– de buscar información sobre la mujer del oftalmólogo y su incumbencia con los acontecimientos de los votos en blanco.

Los tres individuos, en el anonimato y en una acción catalogada como “secreta”, salen del terreno estatal para pasar al territorio de los insurgentes. De madrugada, en la absoluta confidencialidad y como espías, ingresan a la ciudad capital. Luego de varios días, la búsqueda rinde frutos. Encuentran a la mujer; ella encarna, al margen del sistema, la maquinación del fracaso electoral y, para el comisario, después de razonarlo con detalle, la inocencia.

En el pensamiento de este último personaje surgen dos pilares importantes en los cuales reconoce que las circunstancias han modificado su juicio. En virtud de la relación tan cercana que establece con la mujer, el comisario expresa que hubiera deseado pertenecer al grupo de los ciegos que ella guió; y como segundo pilar, desde el

plano de una intimidad aún mayor, menciona que con la compañía de ella hubiera establecido una amistad consolidada desde hace cuatro años.

Hasta aquí, y en la voz del narrador omnisciente, quien nos acerca al pensamiento del comisario de policía, se reconoce y afianza el cambio que está a punto de operarse en él. Acometen a su razonamiento elementos como la resistencia a creer que la mujer es la culpable, que todo ha sido un montaje por parte del gobierno y que en realidad, él es un intermediario, un títere, con la función única de cumplir una orden. Igualmente, el comisario está consciente de que la injusticia del gobierno se manifiesta en la imagen del ministro del interior. Su razón policial ha dado paso a un conflicto moral:

“Puede suceder sin embargo, aunque, en honor de la verdad, no sea de lo más frecuente, que uno de esos diligentes funcionarios públicos, por casualidades de la vida y cuando nada lo haría suponer, se encuentre entre la espada y la pared, es decir, entre lo que tenía que ser y lo que no debería ser. Para el comisario de la providencial, s.a., seguros & reaseguros, ese día ha llegado” (329).

Del mismo modo, la personalidad del comisario oscila entre *el ser* y *el deber*; *el ser* como sujeto auténtico, consciente y desobediente que reconoce con temor hacia dónde se precipitan los acontecimientos, y *el deber*, marcado por la obediencia hacia normas transgresoras de la sana convivencia en la sociedad. Hay que hacer notar particularmente que él se compenetra de tal forma con la mujer que ha dejado de representar la colectividad del Estado para dar paso a acontecimientos propios de la individualidad que lo acercarán más al pueblo. Es decir, del bando de la corrupción estatal, policial y política pasa a sentirse parte del pueblo, que es después de todo de donde proviene.

En la modificación del comisario para despojarse del *deber*, que considera incorrecto, y llegar al *ser*, surge una coyuntura marcada a su vez por momentos notables, como escalones que se le presentan en el cumplimiento de una labor con la cual ya no está tan identificado y que por lo tanto, desobedece con toda la intención del caso. Los cambios se enumeran a continuación:

Primer momento: en este punto sobresale particularmente, y en un espacio de tiempo muy

corto, una relación amistosa entre el comisario y la mujer. Es decir, hay una carga sentimental de mucho peso que se reconoce a través de las lágrimas del hombre y que va afianzando la relación entre ellos. Él se “abre” ante la mujer tal cual es:

“Entonces el comisario alargó la mano despacio y le tocó la cabeza. Le apetecía llorar, dejar que las lágrimas le corrieran por la cara, tal vez el prodigio se repitiera (...) Vamos, Adónde, preguntó el comisario, Almorzará con nosotros si no tiene nada más importante que hacer, Está segura, De qué, De querer sentarme a su mesa, Sí, estoy segura, Y no tiene miedo de que la esté engañando, Con esas lágrimas en los ojos, no” (349)¹.

Segundo momento: marcado por la convicción del comisario de la inocencia de la mujer, defendiéndola con tesón. Asimismo, lo sostiene ante sus subordinados, con el valor de la palabra:

“Para eso hemos venido, para investigar y capturar al culpable, Es decir, a la mujer del médico (...) El ministro del interior no dijo que la mujer (...) fuera culpable, Comisario, yo no soy más que un simple inspector de policía que quizá no llegue nunca a comisario, pero aprendí con la experiencia del oficio que las medias palabras existen para decir lo que las enteras no pueden (...) la verdad me exige que te informe de que, para la mujer del médico, la palabra que sirve, y no media, sino entera, es la de inocente” (354).

Aquí, en particular, el peso y el simbolismo otorgados a la palabra hacen configurar que esta aún es válida y como tal se defiende. Tanto el comisario como la mujer del médico la valorizan como elemento de honor y credibilidad. La serie de comentarios generados por los ayudantes del comisario, la actitud y el comportamiento de la mujer en conjunto con las observaciones incisivas hechas por el ministro del interior, llevan a crear una opinión propia en el comisario, que es exaltable. Es su opinión, no la que el sujeto colectivo del Estado ha creado a través de sus autoridades o los medios de comunicación. A saber, esa opinión implica actos individuales.

Además, el comisario aconseja al inspector y al agente de segunda clase que utilicen la palabra en el buen sentido, siempre para expresar la verdad, porque garantiza la honradez de los hechos:

“... pero negaros a repetir mentiras en nombre de una verdad que no sea la vuestra” (367).

Tercer momento: si en una primera instancia el comisario se muestra sentimental ante la mujer con las lágrimas que derrama, aquí se establecerá una conexión aún más fuerte, pues los lazos afectivos afloran en la situación que ambos reconocen como de complicidad. Para el comisario, el momento de proceder ha llegado, no dejará que otros lo hagan por él:

“Hay una pregunta que me gustaría hacerle, aunque no sé si me atrevo, Pregunte, no lo dude, Por qué hace esto por nosotros, por qué nos ayuda, Simplemente por una pequeña frase que encontré en un libro, hace muchos años, y de la que me había olvidado, pero que ha regresado a mi memoria en estos días, Qué frase, Nacemos, y en ese momento es como si hubiéramos firmado un pacto para toda la vida, pero puede llegar el día en que nos preguntemos Quién ha firmado esto por mí ” (373).

Cuarto momento: las acciones emprendidas por el comisario tienen el propósito de hacer ver la inocencia de la mujer y demostrarlo ante la sociedad, para lo cual se vale del periódico izquierdista que publica la carta. El comisario, consciente del desenlace de los acontecimientos, se sienta a redactar una carta que relata los pormenores de los sucesos desde el momento en que fue elegido para realizar la labor de espionaje, hasta los últimos detalles con los cuales el ministro del interior lo presiona para regresar, pues la misión ya llegó a su fin. Esa carta y la entrega a un medio de comunicación como el periódico vienen a ser

“algo inofensivo pero prohibido por la ley, que interfiere con el funcionamiento de las instituciones sociales, y provocar la sanción-represión correspondiente, para luego impugnar públicamente la legitimidad de la norma infringida” (Giner; Lamo de Espinosa; Torres, 1998: 195).

El comisario de policía, con la presión ejercida ante los editores del periódico, logra que la verdad sea “destapada” a la luz pública:

“...es absolutamente necesario que esto se publique mañana, Por qué, Porque mañana tal vez consigamos llegar a tiempo de evitar que se cometa una injusticia, Se refiere a la mujer del médico, Sí señor director, se pretende, de la manera que sea, hacer de ella el chivo expiatorio de la situación política en que el país se encuentra” (394-395).

1 Se respeta la puntuación del texto original.

Quinto momento: finalmente, para el comisario la misión ha terminado, aunque no en vano, contribuyendo con sus actos de desobediencia a destapar el montaje del gobierno. Con la muerte del hombre, se reconocen con mayor precisión los hilos manejados por el ministro del interior, representante del sistema que exige rendición de cuentas pues la lealtad se cobra a muy altos precios:

“Fue asesinado por nuestros enemigos, No me venga con arias de ópera, por favor, estoy en esto hace demasiado tiempo para creer en cuentos de maricastaña, esos enemigos de los que habla tenían, por el contrario, todos los motivos para hacer del comisario su héroe y ninguno para matarlo” (419).

Los hechos desencadenados por la carta llevan al final del comisario, figura individual sobresaliente de la colectividad que es el Estado. El hombre actúa con el afán de la justicia que lo conduce a sopesar el valor, la autonomía y la personalidad de la mujer. Del mismo modo, el enviado del ministro del interior evoluciona como personaje y como ser humano, ha pasado del *deber* al *ser*, del sujeto obediente y sumiso a las autoridades, al rebelde desobediente capaz de hacer “tambalearse” el sistema político. A ese individuo que se transformó en la investigación se le añaden elementos claros de honestidad y de buen sentido en el ejercicio de su profesión; después de todo, no quiso servir a los intereses del gobierno que intuyó, en el fondo, muy turbios.

Además, detrás de la investigación policial desencadenada por la carta enviada a las autoridades gubernamentales, se halla el ministro del interior, personaje sobresaliente por lo intrigante y conspirador, quien a su vez orquesta con alevosía los hechos que llevarán al gobierno a buscar un chivo expiatorio justificante del “desastre” electoral y a eliminar a quien sepa la verdad de todo lo sucedido.

Los eventos a manera de causa-efecto aceleraron el paso, precipitando lo que será el desenlace: con la orden emitida por el ministro del interior de llevar la fotografía del grupo de las personas ciegas guiadas por la mujer, llega a su término la misión encargada al comisario. Este cumple con lo ordenado y queda a la espera de más órdenes, aún a sabiendas de que el giro

que tomen los acontecimientos no será el de “un final feliz”.

A los pensamientos del comisario se suman las pesadillas que cobran vida y son claras alusiones a un futuro muy cercano, que se cierne con amenazas de muerte. Son figuras que por su peso en la inconciencia se materializarán después en el mundo real, aunque lo agobian mientras tanto, porque cobran forma en el espacio onírico que en el fondo es tan verdadero y convincente como el primero:

“el ministro del interior le había pedido la fotografía para clavar una aguja en los ojos de la mujer del médico, al mismo tiempo que salmodiaba un conjuro de bruja hechicera, Ciega no fuiste, ciega serás, blanco tuviste, negro verás, con este pico te pico, por delante y por detrás” (334).

Como conclusión parcial del apartado se reconoce no solo la presencia del comisario de policía, sino también sobresalen otros individuos que también se hallan laborando para el sistema: el alcalde, el ministro de cultura y el ministro de justicia. Todos ellos, como personajes insubordinados, ejecutan acciones para hacer ver hasta qué punto resultan inoperantes las estrategias escogidas por el gobierno para buscar a los incitadores del voto en blanco.

Imparable ansiedad informativa

El interés de este espacio se centra en el análisis de los medios de comunicación: su injerencia en los acontecimientos, su confabulación con el Estado, y finalmente, el papel preponderante del periódico de izquierda en la publicación de la verdad.

Si de algo adolecen los medios de comunicación en la obra literaria es de la carencia de imparcialidad. Razones sobran; sin embargo, las más notables son la confabulación que se manifiesta entre el Estado y los medios para señalar la culpabilidad de la mujer, así como de los intereses creados entre uno y otro poder: ambos trabajan sobre la conciencia del pueblo tejiendo sueños de dominio a través de la palabra, la imagen y la letra:

“Con pequeños arreglos de estilo, con ligeras diferencias de vocabulario, la información era igual en todos y sobre ella

podría calcularse una especie de media aritmética que se ajustaría a la perfección a la fuente original, elaborada por los asesores de escritura del ministro del interior” (377).

“Imparable ansiedad informativa” es una frase acuñada por el narrador; dicha expresión conjuga ejemplificaciones que presentan a los medios de comunicación como colectividad interesada en la desinformación más que en la información. El afán por la violencia convierte a los medios de comunicación presentes en *Ensayo sobre la lucidez* en una colectividad voraz, tanto por la violencia que busca como por los intereses monetarios que esta genera:

“Diga por favor a los periódicos y a la gente de la televisión y de la radio que no echen más gasolina al fuego, si la sensatez y la inteligencia faltan, nos arriesgamos a que todo vuele por los aires, debe de haber leído que el director del periódico del gobierno ha cometido la estupidez de admitir la posibilidad de que esto termine en un baño de sangre” (142).

Frente al interés corporativo y el deseo de “informar”, sobresale la ecuanimidad y buen sentido del pueblo, que no se deja amedrentar por discursos trillados para incitarlo al caos. Bien sabemos –como es el caso de la novela– que si surge un amago de disturbios, al gobierno le sirve para justificar medidas con el objetivo de hallar al autor o autores del voto en blanco. Uno de los ejemplos más claros es el que se presentó luego del funeral de las víctimas del atentado; se inició una marcha rumbo a la residencia del primer ministro (que, por cierto, está abandonada como todas las residencias y oficinas de los miembros del gobierno). Los periodistas, en un discurso que raya en el histerismo, azuzaban a la multitud con el pretexto de que la situación era ideal para desatar el caos.

Otra situación similar se presenta cuando los ciudadanos que no votaron en blanco abandonan la ciudad. El gobierno los incita a regresar a sus casas y un periodista anuncia, casi en sollozos, que los vecinos que no dejaron la capital los van a atacar. En lugar de lo esperado por el periodista, se presenta un acto de solidaridad ante el rechazo de las autoridades. Lo que anuncia el reportero, deseoso de la violencia, se ve opacado por lo siguiente:

“Es ahora, es ahora, preparémonos para lo peor, berreó el comentarista, ronco de excitación, entonces esas personas intercambiaron algunas palabras que no pudieron ser oídas, y, sin más, comenzaron a descargar los coches y a transportar dentro de las casas, a plena luz del día, lo que de ellas había salido bajo la capa de una negra noche de lluvia” (214-215).

La diferenciación periodística, por sobre otros medios confabulados con el Estado, se manifiesta con la presencia definida de dos periódicos considerados de izquierda –como se menciona en *Ensayo sobre la lucidez*–. En los ejemplos extraídos, los diarios y quienes laboran en ellos no se dejan llevar por el sensacionalismo periodístico que caracteriza a sus colegas. Son los medios rescatables de la colectividad de la desinformación/distorsión/tergiversación, ya que sobresalen por apreciaciones como las siguientes:

“... echó una mirada a las primeras páginas expuestas en fila, con excepción de los dos últimos, todos los demás traían la fotografía en primera bajo enormes titulares (...) Hojeó los otros dos periódicos, no traían ni una palabra sobre el asunto” (375, 379).

Los dos diarios denominados de izquierda se caracterizan porque no tienen grandes ventas, no utilizan colores llamativos ni grandes titulares. Los demás informativos, al igual que los izquierdistas, son objeto de censura por parte del gobierno; el caso es que todos los medios escritos, en esos momentos de estado de excepción, eran igualmente censurados, aunque con la salvedad de que la censura era más dura contra los de tendencia izquierdista, porque los que no manifestaban esa tendencia eran aquellos que mantenían nexos con el sistema.

El periódico elegido por el comisario de policía para la publicación de la carta era uno de los de menor venta y tiraje. En realidad, no fue elegido como tal, sino más bien fue el primero al cual acudió, a sabiendas de que si con este no funcionaban sus planes, lo harían con el segundo informativo. No obstante, el director y el redactor jefe del periódico le hacen ver al policía las implicaciones que representa la publicación de la misiva.

La treta para hacer posible la publicación de la carta del comisario, era, tal y como lo planearon los encargados, la mejor estrategia para evadir la censura previa del texto:

“La idea, dijo éste, sería publicar, en términos obviamente diferentes, sin retóricas de mal gusto, lo que ha salido hoy, y en la parte final entremeter la información que nos ha traído, no es fácil, en todo caso no es imposible, es una cuestión de habilidad y suerte. Se trataría de apostar por la distracción o incluso por la pereza del funcionario de la censura” (396).

Luego de editar la carta, el diario de izquierda publicó más ejemplares que los que usualmente sacaba a la luz, la gente los compró en mayor cantidad, y lo más sobresaliente de la situación fue que, finalmente, tanto para el comisario como para el diario mismo, la verdad circulaba entre el pueblo. Luego, el gobierno castigó al periódico con una multa y sacándolo del mercado por un tiempo.

En lo que concierne a este análisis, se define el comisario de policía y su vehemencia por la verdad –ayudado por el periódico de izquierda– como el sujeto que públicamente hace acto de desobediencia civil con el fin inmediato de demostrar los desaciertos de las autoridades. Así también lleva a cabo la acción de hacer ver al pueblo la evidencia de todo lo que estaba sucediendo. Sobresale, pese a la imparabla ansiedad informativa y el discurso corporativo de los medios de comunicación, como los denomina el narrador, la particularidad de los diarios. Uno de ellos es el sacrificado en la dinámica de revelar la verdad porque se valora la mentira en un juego mayor que se sabe desde antes ganado por el sistema.

Se establecen nexos como el del gobierno y la prensa que le es adicta, porque ambos trabajan sobre la información que luego se convierte más ¿definidamente? en tergiversación. Los dos buscan la forma de inventar el vínculo chivo expiatorio de la mujer-voto en blanco. El Estado, en la obra, investiga, busca y señala, mientras que los medios de comunicación acusan, juzgan y condenan aún antes de ir a las instancias correspondientes.

Los hijos pródigos con acceso de locura

Elementos como la conducta, tanto de la mujer del médico y el hombre que la delató como posible culpable del voto en blanco, así como el papel desempeñado por el pueblo serán examinados aquí. Se asume que este último también se

rebela ante las injusticias de su gobierno porque la desobediencia civil

“suele designar tanto una estrategia de acción individual o colectiva como una actitud ante las normas sociales y unas técnicas de protesta cuyo origen se remonta a la Grecia clásica” (Giner; Lamo de Espinosa; Torres, 1998: 195).

La denominación “los hijos pródigos con accesos de locura” deriva de dos frases, entresacadas de los discursos presidenciales emitidos en televisión y radio en cadena nacional, que el Estado, consolidado en la imagen del señor presidente, empleó para referirse al pueblo. El discurso fue transmitido por radio poco después de que las autoridades abandonaran la ciudad capital, y muestra la urgencia exhortativa manifestada en el temor de que los ciudadanos no volvieran a sus casas y que se quedaran con ellos en la nueva ciudad tomada como base de operaciones:

“Os hablo con el corazón en la mano, os hablo roto por el dolor de un alejamiento incomprensible, como un padre abandonado por los hijos que tanto ama, perdidos, perplejos, ellos y yo, ante la sucesión de unos acontecimientos insólitos que consiguieron romper la sublime armonía familiar” (124).

El gobierno, en la figura del “*patee familias*” del señor presidente, debe señalar lo que está mal en sus hijos (el pueblo), y hacerles ver que la vuelta a la armonía familiar radica en la “Parábola del hijo pródigo” para restituir el orden perdido.

En una segunda instancia, los accesos de locura han representado, después de las múltiples razones que esbozaron los ministros en consejo de gobierno, una de las causas posibles que explicaría el desastre electoral. Después de todo, si no se encuentra una posible causa, lo más rápido y justificable es decir que “está loco el pueblo” por actuar como lo hizo:

“Con toda mi alma, quiero creer que vuestra locura será transitoria, que no perdurará (125).

En cambio, el pueblo es razonable, crítico y consciente de la situación que enfrenta, totalmente contrario de lo que se quiere hacer ver en los discursos. Conoce ampliamente sus derechos y deberes, que expresa con firmeza cuando es

asediado por los espías en la segunda ronda electoral. Así también, en forma inteligente, los ciudadanos saben que el gobierno decide abandonar la ciudad capital y que lo hará “a escondidas”, para que ningún ciudadano huya con ellos o, -como lo teme el gobierno- que la huída degenera en una revolución:

“A medida que los automóviles iban avanzando por las calles, se encendía en las fachadas, una tras otra, de arriba abajo, las bombillas, las lámparas, los focos, las linternas, los candelabros (...) todas las ventanas abiertas y desbordando, a chorros, un río de luz como una inundación, una multiplicación de cristales hechos de lumbre blanca, señalando el camino, apuntando la ruta de la fuga de los desertores para que no se pierdan, para que no extravíen por atajos” (109).

Como símbolo de la sabiduría y de la inteligencia, la luz destapa y hace visibles a las autoridades, es la claridad que permite ver lo que pretende ocultar el gobierno. Por lo anterior, con encender todo cuanto se pudiera, se descubre que la huida del gobierno de la ciudad capital es un acto de cobardía. Esa luz, además, está presente en la lucidez y la entereza que han demostrado en todo momento los ciudadanos cuando expresan sus conocimientos sobre deberes y derechos en materia electoral.

El gobierno, como medida de presión, genera temor, para lo cual se sirve de los discursos presidenciales, con la retórica que incita a confesar las culpas, a señalar el posible hijo con acceso de locura y llevar a la nación, de nuevo, por los caminos de la sana cordura, eliminando aquello que se desea olvidar o ignorar. El acoso, creado también por los medios de comunicación, repercute en los ciudadanos que experimentar temor.

No obstante, la ciudadanía convierte el temor en desobediencia civil que se traduce en convicción y silencio; después de todo, no tienen por qué confesar algo que no han hecho. Los ciudadanos son conscientes del uso pleno de sus derechos ejercidos en un país libre. Así, entonces, la resistencia se manifiesta en un dominio moral de la situación que enfrentan ante el acoso del gobierno:

“Pasaron los días, las dificultades iban creciendo sin parar, se agravaban y se multiplicaban, brotaban bajo los pies como hongos después de la lluvia, pero la firmeza moral de la población no parecía inclinada a rebajarse ni a renunciar

a aquello que había considerado justo y por eso lo expresó con su voto, el simple derecho a no seguir ninguna opinión consensualmente establecida” (92-93).

Por consiguiente, la moral inquebrantable del pueblo se ve fortalecida frente a los desaciertos del Estado en alianza con los medios de comunicación. Se consolida aún más la resistencia como una forma auténtica y válida en el juego que ha montado el gobierno.

Tanto el sistema como los medios de comunicación desean que la situación degenera en actos de violencia. La anarquía es el motivo más ansiado para señalar al culpable, por eso los que gobiernan ven en las manifestaciones una maravillosa oportunidad para que se presente el caos. En la primera manifestación -con el color blanco como metáfora de la paz y de la honestidad-, el pueblo desafía al gobierno que lo considera una falta de respeto. El contenido simbólico del color blanco sobresaliente por sobre otros colores, trasciende hacia un claro acto de rebeldía:

“Una mañana las calles de la capital aparecieron invadidas de gente que llevaba en el pecho pegatinas, rojo sobre negro, con las palabras, Yo voté en blanco, de las ventanas pendían grandes carteles que declaraban, negro sobre rojo, Nosotros votamos en blanco, pero lo más visible de todo, lo que se agitaba y avanzaba sobre las cabezas de los manifestantes, era un río interminable de banderas blancas...” (98).

Poco después del atentado ocasionado por el gobierno, planeado y ejecutado particularmente por el ministro del interior, se produce la segunda marcha con motivo de las honras fúnebres de las víctimas del atentado. La solidaridad se manifiesta en el sentido de que ningún ciudadano se queda en su casa, todos asisten como prueba de respeto y de duelo ante la situación vivida. Los manifestantes llevan además, la consigna del color blanco en las banderas y en la banda llevada en el brazo izquierdo:

“Tres días después del atentado, de mañana temprano, comenzaron las personas a salir a la calle. Iban en silencio, graves, muchas llevaban banderas blancas (...) A las once de la mañana la plaza ya estaba llena, pero allí no se oía nada más que el inmenso respirar de la multitud...” (175).

Las imágenes de la desobediencia civil individual encarnadas en el comisario de policía

y en el periódico de izquierda surgieron de los análisis anteriores, de este espacio sobresale, entonces el pueblo como elemento colectivo. Sin embargo, para efectos de acercamiento y de estudio, se rescata de la colectividad a dos personas particulares: la mujer del médico y el hombre que la delató. Dichos individuos manifiestan dos polos opuestos: por un lado, está la persona que envía la carta señalando la posibilidad de un culpable del voto en blanco –con lo cual se manifiesta negativamente su presencia en la obra– y por otro lado, la mujer, quien es la sacrificada en la conspiración que montó el Estado.

Inicialmente, lo que se sabe del que envía la carta al gobierno es que formó parte del grupo de los ciegos –siete en total– guiados por la mujer cuando se dio la epidemia de ceguera en el país, hace cuatro años. El poder que está en sus manos es el de la traición y el resentimiento, sentimientos que lo llevaron a pensar en la posible conexión entre la mujer y el voto en blanco. En realidad, es una idea totalmente descabellada que, por desgracia, lo lleva a escribir la misiva. Asimismo, es importante hacer notar que antes de que él escribiera y enviara la nota, en el consejo de gobierno, el presidente y del ministro de cultura hacen pensar que tal vez estén viviendo el mismo caos de hace cuatro años, en tiempos de la epidemia.

Cuando los investigadores enviados por el ministro del interior interceptan e interrogan al hombre en su casa de habitación, se presenta una situación que resulta confusa para el delator. Mientras que el comisario de policía y voz cantante en la indagación hace rodeos en las preguntas y los comentarios, el hombre asume una actitud de desasosiego y desesperación pues las autoridades no llegan al punto que él les ofreció como válido para señalar a la mujer:

“Ahora explíquenos por qué la ha denunciado, Yo no la he denunciado, si hablé del asunto es porque venía a propósito, No lo entiendo, Lo que quería decir en mi carta es que quien hizo una cosa puede estar haciendo otra” (278).

La decepción es evidente para el individuo, pues el giro que da el comisario de policía en el interrogatorio lo desarma por completo. Lo que inicialmente tuvo en mente destapar como “la gran noticia”, se invierte ahora en su contra, ya

que deseaba que investigaran a la mujer como posible causante del voto en blanco y no como la asesina del ciego en el hospital hace cuatro años. En su mente no hay cabida para las preguntas y rodeos de los que está siendo objeto, porque aquello que sopesó valioso “denunciar” no es considerado por las autoridades presentes como lo más importante. Por consiguiente, el hombre pasa de ser el ciudadano ejemplar que señala a la posible conspiradora culpable del voto en blanco a un tipo decepcionado del sistema y señalado por el comisario y sus ayudantes como el traidor.

Contrariamente, la mujer destaca por ser símbolo de firmeza e inocencia aunque el gobierno no lo acepte. La gente bien lo sabe, reconoce que no hay culpables entre sus filas, que la culpabilidad recae en quien menos desea reconocerse como tal. Para el Estado es la enemiga, causante del desastre que no quiere admitir, y lo hace público a través de sus medios informativos:

“...esa mujer está considerada por la policía como la presunta culpable de la nueva ceguera, esta vez felizmente limitada al ámbito de la capital, que ha introducido en la vida política y en nuestro sistema democrático el más peligroso germen de perversión y corrupción” (378).

Las circunstancias ajenas al dominio de la mujer como la carta y el envío de la fotografía al gobierno para su reconocimiento, contribuyen a crear la imagen esperada por el sistema: anarquista y rebelde. A lo anterior debe sumársele el gran despliegue de los medios –con sus excepciones– quienes la señalan como incitadora del caos. En el juicio de los medios se escapa ya un veredicto, aún antes de ser juzgada; se llega al extremo de externar públicamente en la primera plana de algunos diarios que la mujer debió haber perdido la vista cuando se dio la crisis de la ceguera tiempo atrás.

Ella es notable tanto por lo que hizo en *Ensayo sobre la ceguera* como por la forma inteligente en que responde al interrogatorio del comisario; es hábil y reconoce que hay algo oculto en todo lo que sucede. Además, sabe que la presencia del comisario no es suficiente para justificar el hecho de que se encuentre en su casa interrogándola por acontecimientos sucedidos hace mucho tiempo. Intuye que hay algo mayor tras la imagen del poder policial:

“... pero nosotros todavía estamos esperando que nos diga qué le ha traído aquí, creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, déjese de rodeos y vaya derecho al asunto que realmente le interesa a quien lo ha mandado a esta casa” (304).

De hecho, su perspicacia le sugiere que el momento por el que atraviesa la ciudad capital no es el más preciso para un interrogatorio de esa clase. Ella, al igual que el resto de la gente, como metáforas de la lucidez, intuye con sobrada razón el absurdo del que se vale el Estado.

La colectividad actúa para hacer ver al sistema que está cometiendo errores. Sin ir más lejos, poco después de que censuran la publicación del periódico de izquierda, el pueblo se las ingenió en un acto de desobediencia civil para mostrar la certeza de los acontecimientos. No puede obviarse que esos acontecimientos van desde el primer acoso poco después de las elecciones hasta señalar en los medios de comunicación a la mujer como conspiradora del voto en blanco:

“...porque algo extraño ha sucedido en la ciudad, estos hombres y estas mujeres que van distribuyendo pequeños papeles que los transeúntes se detienen para leer y después se guardan en los bolsillos, ahora mismo acaban de entregarle uno al comisario, es la fotocopia del artículo del periódico secuestrado, ese que lleva el titular Qué más nos falta por saber” (407).

Para las autoridades se concreta la imagen de anarquista de la mujer, alimentada mayormente por los medios de comunicación. En esa representación confluyen los temores y las inquietudes que un sistema no desea reconocer. La sanción-represión hacia la mujer es la muerte. El desenlace inesperado surge cuando el hombre con la corbata de puntos blancos (irónicamente vestido) aparece: en sus manos está el fin de la mujer y del comisario porque se le ha encargado actuar rápida y secretamente para eliminarlos:

“...yace muerta en el suelo y la sangre corre y gotea hasta el piso de abajo. El perro viene corriendo desde dentro, olfatea y lame la cara de la dueña, después estira el cuello hacia arriba y suelta un aullido escalofriante que otro tiro inmediatamente corta” (423).

Debe tomarse en consideración que tanto la mujer como el ciudadano de la carta provienen

de una colectividad totalmente diferente a otras como las autoridades y los medios, en el proceder y en el pensar. Hasta aquí se muestra cómo el actuar de un individuo —el hombre de la carta— conlleva al homicidio de dos seres humanos, él dio pie al gobierno, quien se valió de sucios argumentos para acabar con ellos.

En resumidas cuentas, para que le resultara más fácil y efectiva la búsqueda al gobierno de un culpable, el primero de ellos tuvo que hallarlo fuera del sistema; tiene que ser externo porque el mal está en el pueblo, como se menciona en los discursos presidenciales; en los hijos de la patria, no en quienes gobiernan. El sistema asume que no se halla el culpable entre los suyos, internamente. ¿Quién es el enemigo? ¿Quién los coloca en desventaja y en vergüenza al votar en blanco? Para las interrogantes anteriores, las respuestas más precisas y espontáneas son que los infractores, sean quienes sean, deben ser eliminados. Si no se hallan, se inventan.

Con el señalamiento de la mujer y el consecuente interés en hacerlo público, el Estado mostró su mano en todo momento, mano acusadora y enjuiciadora, pero con el acto cobarde de la eliminación de la culpable y del comisario la escondió, pues se da el derecho de señalar pero no mostrar que esa mano puede llenarse de sangre. Ese asesinato, en particular, no tiene victimario que lo haya realizado, menos cuando la orden salió del gobierno mismo.

Conclusiones

Vivimos inmersos en sociedades globalizadas gobernadas en forma incompetente. Nuestro contexto inmediato es claro ejemplo de lo anterior, porque quienes dicen gobernarnos no lo hacen en realidad, sino que aparentan hacerlo, y cuando surgen dificultades, errores o problemas, quienes menos asumen la culpabilidad son ellos. Sin embargo, más lamentable aún es el dominio de la verdad que el sistema asume como únicamente suya, porque aquella está en función de un bien propio. Sostienen la verdad desde su podio con ayuda de las corporaciones de los medios de comunicación, quienes, a su vez, se amparan y tejen relaciones de intereses con el ámbito político. Unión corrupta

que destruye todo a su paso: bienes, seres humanos e identidades.

El problema más grave y como se muestra en la obra *Ensayo sobre la lucidez* de José Saramago es que hay varios juegos: unos inocentes, otros no tanto; pero el más valioso de todos es el juego de las mentiras y las verdades. Bien se dice que “entre cielo y tierra no hay nada oculto”; sin embargo, para que los resultados de los juegos salgan a la luz, han de pasar varios años, o, como se muestra en la obra, algún honorable ciudadano ha de ayudarlo al sistema a llevar a buen término el final del juego.

Al vivir en sociedades globalizadas producto de bienintencionados intereses del orbe, la masa es la que domina: vestimos igual, comemos lo mismo, pensamos lo mismo. No obstante, cuando surge alguien que piensa diferente, pues su conciencia reconoce lo malo del entorno, hay quienes rápidamente le bajan la cabeza –como lo decía Yolanda Oreamuno hace más de 60 años- o, en el peor de los casos, lo eliminan con un tiro.

Cuando esa individualidad actúa, no hay consecuencias que se midan; así sucedió con el comisario de policía, quien forjó, primero en su mente, el plan para luego dar paso a las acciones de desobediencia civil que traerían consigo su muerte. Lo anterior se consolidó en la amistad con la mujer, que el sistema cortó de raíz; socarronamente, el ministro del interior llamó como “sus amigos” a los personajes de la mujer, el médico y el resto del grupo de los ciegos, pues no concebía que quien es del pueblo, en situaciones como las descritas, lo sea también del gobierno.

No puede restársele mérito a los ciudadanos ejemplares –llámese comisario, director del periódico de izquierda, la mujer, entre otros- que aunque en la obra carecen de nombre o se les conoce por sus cargos públicos escritos en minúscula (como se consigna en el texto original), evidencian, por el contrario, identidades muy bien definidas, realizan acciones mayúsculas respaldados por una verdad y un sentido de solidaridad del que carece el sistema.

El papel desempeñado por los diarios de izquierda, especialmente el que publicó la carta, es loable. Medios como esos ya casi no existen; el sensacionalismo rebasa páginas y páginas de periódicos saturándonos de ¿información? que no pedimos, consumismo que no deseamos, tergiversación

que no queremos. Pero hay un precio que pagar: es acallar las voces de denuncia con decomisos, multas, desacreditación; y con ello la veracidad y la objetividad.

Por último, quienes son del pueblo vienen a mostrar dos caras totalmente contrarias en su pensar y proceder. El hombre de la carta, como se le ha acuñado, refleja el resentimiento que esperaba encontrar respuesta y apoyo en el Estado que cree limpio y justo, pero irónicamente no es así. La mujer es la persona que, por misteriosas causas del destino, no se quedó ciega ni hace cuatro años ni ahora, porque la ceguera ha vuelto de nuevo, pero extrañamente solo en ciertos miembros del gobierno y en un ciudadano en particular.

Errores cometidos por el sistema sobran: sin ir más lejos, está la ausencia de explicaciones del por qué la gente votó en blanco. Lo que es una opción electoral legítima como cualquier otra degeneró en un temor que llevó a las autoridades a visualizar algo mayor de lo que en realidad se presentaba. Luego, el nerviosismo experimentado por los ciudadanos le imprimió fuerza para asediar al pueblo, como una forma errónea de hacer saltar la verdad de los acontecimientos.

Sin embargo, entre lo más sobresaliente de las acciones del Estado en la obra se halla el hecho de que el gobierno nunca encontró la cura para la enfermedad –su enfermedad- porque ellos mismos, como mal y como médicos, arrojaron un diagnóstico precipitado con una causa ficticia. En un montaje como el anterior, muy parecido a nuestra realidad inmediata, todos los representantes elegidos libremente por el pueblo saben de la enfermedad, pero nadie, mucho menos ellos mismos, saben del remedio.

El gobierno nunca se dio cuenta o quiso darse cuenta de que el único culpable era él mismo; los que se cambiaron de bando (como el comisario y el periódico) no lo hicieron al del enemigo, sino más bien al bando de la razón. Prevaleció, también, en todo momento, la imagen de resistencia del pueblo, que resultó molesta tanto para el gobierno como para los medios, porque es una imagen colectiva, real y poderosa, aunque sea necesario el sacrificio de unos cuantos para mantenerse.

Finalmente, en un acto de lucidez, ya casi escaso en nuestro tiempo de enajenación, quien

hace uso de esa claridad en su decir y en su actuar, es visto como el anarquista, y por lo tanto hay que sacrificarlo en aras del buen desempeño colectivo, porque no puede tolerarse que algo así, pleno de razón y de entendimiento, no obtenga su merecido castigo. El comisario razonaba bien cuando decía que no debe permitirse que otros firmen por mí cuando yo, ser único, individual, original, puedo hacerlo, pero... se preguntó alguna vez el sistema ¿Es posible que toda la gente piense de la misma manera?

Bibliografía

- Galeano, E. 1996. El sacrificio de la justicia en los altares del orden: los prisioneros. p. 53-61. In Estudios básicos de derechos humanos VII. Instituto Interamericano de Derechos Humanos. San José.
- Giner, S.; E. Lamo de Espinosa y C. Torres. 1998. Diccionario de Sociología. Alianza Editorial. Madrid. 895 p.
- Oreamuno, Y. 1972. El ambiente tico y los mitos tropicales. p. 116-125. In R. De Vallbona. Yolanda Oreamuno. Departamento de Publicaciones Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José.
- Saramago, J. 1998. Ensayo sobre la ceguera. Alfaguara. México. 373 p.
- Saramago, J. 2004. Ensayo sobre la lucidez. Alfaguara. México. 423 p.